

En conclusion, oyentes míos, si no hay cosa peor que la lengua, y si, por otra parte, no hay cosa mejor que la misma lengua; preciso es reconocer, que no hay cosa más necesaria que dirigir bien la lengua para no errar jamás, y alcanzar la felicidad eterna, que os deseo á todos.

Véase: CONVERSACIONES, — MALEDICENCIA, — MURMURACION.

LEPROSO.

(EL LEPROSO DEL EVANGELIO.)

Domine, si vis, potes me mundare.
Señor, si tú quieres, puedes limpiarme.
(MATH. VIII, 2.)

El verdadero mérito y la verdadera grandeza no se reducen á decir cosas grandes, sinó, á practicarlas. Por esto, á fin de que el pueblo, despues de haber oido el sublime y nuevo discurso pronunciado por el Salvador en el monte, no dijera tal vez: «Hasta ahora solo nos ha dado grandes, magnificas y terribles palabras; pero, las obras no las hemos visto aún;» el Redentor del mundo se dirige espontáneamente á la parte de la llanura en que yacia un infeliz leproso, para curarle, con el objeto de confirmar con este ruidoso milagro y poner, digámoslo así, un sello divino á la verdad de sus palabras, y mostrarse todavía más grande, más sublime y divino por medio de las obras, de lo que se habia mostrado hasta entónces de palabra. Fuera de esto, el Salvador, en su largo discurso pronunciado en el monte, habia publicado sobre el Tabor la ley evangélica, como lo habia hecho ántes en el Siná con la ley mosaica. Pero, así como la promulgacion de la ley antigua la acompañó con prodigios de su justicia, para manifestar, que el espíritu de aquella ley era de temor servil: así tambien, para mostrar que el espíritu de la ley cristiana es de tierno amor,

quiso acompañar su promulgacion con prodigios de misericordia y de bondad.

Ocupémonos hoy de la milagrosa curacion del leproso, figura de la infeliz raza de Adan. Breve es la historia de este prodigio; pero, son grandes é importantes los misterios y las enseñanzas que en él se contienen. Pidamos ántes los auxilios de la gracia por la intercesion de la Virgen santísima. A. M.

1. La lepra en Oriente era una enfermedad horrible, funesta, incurable y contagiosa como la peste. Por esto la ley de Moisés era tan severa con los leprosos. Mandaba, que los atacados de esta enfermedad anduviesen con la cabeza descubierta y los vestidos abiertos. Mandaba tambien, que los leprosos, al ver que alguno se les acercase, le avisasen que huyese, declarándose contagiados é impuros; y que se tapasen la boca con la punta de su vestido, al estar en la presencia de los que estuviesen sanos, para no contagiarlos con su aliento. Mandaba, por último, que el leproso no tuviese comunicacion alguna con los demás hombres, y que habitase solo fuera de la ciudad, al aire libre. Y ved aquí, por qué el leproso del Evangelio estaba solitario en la llanura que media entre el monte Tabor y la ciudad de Cafarnaum. La enfermedad de este infeliz fué doblemente terrible para él, porque le habia impedido subir al monte con los demás, y oír al Hijo de Dios que, por vez primera, habia enseñado á los hombres la ciencia de la salvacion eterna. Así tambien hoy, los que están atacados de la lepra del pecado, no pueden elevarse á la altura del verdadero monte de Dios, que es la Iglesia, y oír las doctrinas espirituales y divinas que en él se enseñan; y si entran alguna vez en los sagrados templos, lo hacen materialmente; pero, en realidad, el alma está muy ajena de allí.

Bajaba el Salvador del monte, y le acompañaba el pueblo á quien habia instruido, y que cada vez se iba haciendo más numeroso, por la multitud que acudia de toda la comarca. Muchos le seguian, con el objeto y la esperanza de participar del beneficio de sus milagros; otros muchos, para aprovecharse de su enseñanza; y la mayor parte, por el amor que Jesucristo infundia á todos solo con su vista, y por el placer y el gozo inefable que sentian en su compañía. El leproso habia oido hablar mucho del Salvador; y al ver que se aproximaba á su gruta, acompañado de numerosa multitud, con un aire de majestad, de dulzura y de amabilidad infinita; al fijar su triste vista en aquel rostro divino, en aquella frente serena, y en aquellos ojos piadosos, oyó en el fondo de su corazon una voz secreta que le decia: «Ese es el Salvador, ese es Dios, ese podrá y querrá curarte en un momento.» Así como Jesucristo usó de misericordia en concederle esta inspira-

cion, el leproso anduvo pronto en acogerla, dócil en creerla, y generoso en confesarla. Vedle, pues: aún cuando no solo tenia lepra en una parte del cuerpo, pues, estaba cubierto de ella de los piés á la cabeza, no temió que le desechase el amoroso Jesús, sinó que se acercó á él, confiando en su bondad; y, postrándose á sus piés, le adoró muchas veces con la mayor humildad; y despues, con voz debilitada por el respeto y firme por la confianza, le dice: Señor, si tú quieres, puedes curarme al instante. El leproso reconoce en Jesucristo un médico espiritual y divino, y le obliga á que se resuelva á su curacion, ofreciéndole una retribucion puramente divina y espiritual; pues, así como los médicos se atraen con el dinero, á Jesucristo se le obliga que descienda hásta nosotros por medio de la oracion. Por esto, no se puede hacer á Dios una ofrenda más agradable que la de la oracion de un alma fiel.

Mas, el leproso, que al decir: *puedes curarme*, reconoce en Jesucristo su infinito poder, ¿no parece que, al añadir: *si tú quieres*, duda que Jesucristo sea un Dios de bondad infinita? No; esta expresion: *si tú quieres*, no significa que dude de la divina misericordia, sinó que confiesa su propia indignidad, por la que no se cree merecedor de una gracia tan notable. Además, las enfermedades del cuerpo son muchas veces necesarias y útiles á la salud del alma; pero, el hombre ignora cuándo esto sucede; solo Dios lo sabe. Por esto, el hombre enfermo debe resignarse humildemente á la voluntad divina, y no pedir la curacion de un modo absoluto, sinó condicional, á saber: si Dios lo quiere, si conviene á la salud del alma.

2. Tanta resignacion, en medio de tanta miseria; tanta paciencia, en medio de tanto dolor; tanta humildad, en medio de tanta confianza; tantas virtudes del alma, en un estado tan deplorable del cuerpo; todo esto entenece y mueve á compasion el amoroso corazon de Jesús. No habia terminado aún el leproso su súplica: «Si tú quieres puedes curarme,» cuando el misericordioso Jesús, extendiendo sobre él su diestra, le toca con la mayor familiaridad; y con el acento de un afecto cariñoso, le dice: «Quiero, queda limpio.» ¡Oh tacto, oh palabras! ¡Oh cuán tierno y cuán delicioso es este pasaje de la vida del Señor! Mas ¿quién podrá, no digo expresar con palabras, sinó concebir siquiera, lo que experimentó el leproso, al sentir el amoroso tacto de la mano del Hijo de Dios? Un sentimiento exquisito é inefable de fortaleza, de dulzura y de suavidad divina, se propagó por todo su cuerpo, y le hizo gozar en un momento las delicias del paraíso. Y ¿qué diré de las dulcísimas palabras con que el Señor acompañó este tacto de tanta piedad, diciéndole: «Quiero?» Estas palabras pene-

traron en su corazon, y le llenaron de consuelo y de alegría; pues, fué lo mismo que decirle á él, y tambien á nosotros: «Sí, quiero;» porque yo deseo más curarte, de lo que tú deseas ser curado; quiero; porque me complazco más en conceder mi gracia á los hombres, de lo que los mismos hombres se complacen en recibirla. Así pues, estas satisfactorias palabras: «Quiero,» nos manifiestan mucho mejor que un largo discurso, el amor y la ternera del corazon de Jesús.

Pero, á las palabras: «Quiero,» añade el Señor estas otras: «Queda limpio.» Y ¿cuánto no dice esta simple palabra? El leproso habia dicho dos cosas: «Si tú quieres, puedes curarme.» Y notad como el amoroso Señor, que no deja perder ni una sola sílaba de nuestras oraciones bien hechas, á esta doble súplica, dió dos respuestas. A las palabras: «Si tú quieres,» respondió: «Quiero;» y á las palabras: «puedes curarme,» añadió: «Queda limpio.» Las primeras palabras las pronunció con un acento de infinita bondad; y las segundas, con un acento de infinito poder. Quiso el Señor con esa sublime respuesta, confirmar al leproso en su fé, y manifestarle á él y á cuantos estaban presentes, que este hombre afortunado habia dicho la verdad al reconocer y al confesar en Jesucristo el verdadero Dios. Lo cual fué lo mismo que decirle: «Tú has confesado con una ilimitada confianza, que yo puedo curarte, y que si quiero, tu curacion está hecha. Pues bien, quiero revelarte que no te has engañado; por lo mismo, *quiero* que quedes limpio al momento. Así como tú no has vacilado en creermme, así yo no tardo en curarte.»

Mas, ¿por qué, pudiendo, como podia el Salvador, curar á este leproso con su sola palabra, cual lo hizo con otros diez leproso, poco despues, en esta ocasion quiso servirse tambien de su mano? Para enseñarnos á que no despreciemos á los pobres enfermos, por inmundos y deformes que los veamos; porque esta deformidad y esta inmundicia corporal, dispuesta por Dios, no hace al hombre odioso á sus divinos ojos. Y ¿quién osará negar los auxilios de la caridad á los infelices, á quienes el Hijo de Dios no se desdeña de acoger y acariciar? Y ¿qué recompensa exige Jesucristo de este afortunado leproso á quien ha curado? La única que le exige, es: que guarde en secreto la gracia recibida, y que se presente al momento al príncipe de los sacerdotes, y lleve al templo la acostumbrada ofrenda, que la ley de Moisés exigia á los que quedaban curados de la lepra. Con esto quiso el Señor manifestarnos, que, al hacer algun bien al prójimo, debemos procurar que no se divulgue, sinó que se conserve en secreto, renunciando á recibir la recompensa en la tierra, sea de donativos, sea de honores.

Fuera de esto, la lepra era una enfermedad que producía, en el que la tenía, una mancha, legal, y una especie de *entredicho*, no solo civil, sino también eclesiástico, que solo el sacerdote podía levantarle, dando al enfermo por verdaderamente curado y limpio, y poniéndole en comunicación con los ciudadanos, y restituyéndole á la comunión de las oraciones, despues de practicar con él las ceremonias prescritas por la ley. Ved aquí, pues, por qué Jesucristo mandó al leproso curado, que se presentase al sacerdote, es decir, para mostrar, ante todo, que quería honrar á los sacerdotes; y que el derecho que ellos solos ejercían, de acordar si un leproso estaba ó no curado, y de volverlo á la comunión social, no era una usurpación humana, sino un privilegio divino; y luego, para no mostrar, al enviar á su casa al hombre curado sin otra formalidad, que autorizaba la infracción de la ley; cuya acusación presentaron contra él muchas veces los maliciosos judíos. Finalmente, lo hizo para que, al ver los sacerdotes á este leproso tan perfectamente curado, reconociesen, que el autor de un milagro tan extraordinario era el Mesías prometido, y creyendo en él, consiguiesen la salud del alma, ó no queriendo creer en él, no les quedase excusa alguna. ¡Ved ahí como en todos los pasajes de la vida del Salvador se descubre su sabiduría y su justicia, junto con su tierno amor! Observad también, que Jesucristo no impuso al leproso curado un silencio perpétuo del milagro de su curación; solamente le dijo, que callase hasta despues de haberse presentado al sacerdote; pues, los primeros que debían tener noticia de esta curación y resolver sobre ella, eran los sacerdotes.

También previno Jesucristo al leproso curado, que presentase á Dios en el templo la ofrenda prescrita por la ley. Y con esto quiso indicarnos la gratitud, que nos exige por las gracias que nos concede; y en efecto, cuando más adelante, de los diez leprosos á quienes curó, solo vió á uno solo, y este samaritano, que volvía á darle las debidas gracias por su curación, se quejó de ello públicamente, diciendo: De diez á quienes he curado, nueve se han olvidado del beneficio y del bienhechor, y solo este, samaritano y extranjero, vuelve á dar á Dios las gracias debidas.

La ofrenda que la ley exigía á los pobres en tales circunstancias era la de dos palomas, ó dos tórtolas, que debían presentar en el templo; y esta ofrenda mandó Jesucristo al leproso curado que fuese á presentarla, porque, no habiendo todavía instituido el gran sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, ó la *Eucaristía* (palabra que significa *acción de gracias por excelencia*), quiso que el leproso curado ofreciese, entre tanto, á Dios, el sacrificio figurativo, en de-

fecto del sacrificio real. Pero, nosotros, que tenemos la fortuna de poseer un sacramento tan grande, debemos usar de él como sacrificio de acción de gracias.

Por último; el leproso, si bien fué obediente en todo lo demás á las órdenes del Redentor, no le obedeció en ocultar, aún por poco tiempo, el milagro que había obrado en él; porque, así como es obligación del que hace el beneficio encargar por humildad el secreto, también el que lo ha recibido está obligado á publicarlo. Por esto el leproso, apenas se ausentó, fué publicando por todas partes la gracia que había recibido, convirtiéndose en predicador y evangelista del poder y de la bondad de Jesucristo. Ved aquí, pues, lo que la munificencia divina nos exige también; despues de tributar las debidas gracias á este Dios de bondad en su templo, debemos también confesarle, predicarle y alabarle delante de su pueblo.

5. Tengamos presente, sin embargo, que todas las curaciones del Señor envuelven grandes misterios en el orden espiritual; y que, en este sentido, los grandes milagros que obró él entonces en beneficio de los cuerpos, los renueva diariamente con nosotros para salvación de nuestras almas. Elevemos, pues, en vista de este extraordinario prodigio, nuestros pensamientos á un orden de cosas más noble, y veamos en él figurado y expreso el gran misterio de piedad, con que el Verbo divino fué enviado por su Padre para salvar á todos los hombres, á fin de librarlos de una muerte segura y eterna. En primer lugar, Jesucristo, que baja del monte para ir á curar al leproso, representa al Verbo eterno, que ha descendido del monte santo de su gloria á la tierra, para curar á los hombres carnales y corrompidos. Pero, el evangelista añade, que al descender Jesucristo del monte, le rodearon las turbas y le siguieron. Y esto significa también, que despues que el Verbo eterno bajó del cielo á la tierra por medio de su encarnación, el género humano empezaría á seguirlo en tumulto y á creer en él.

La lepra, á veces, era parcial, y se manifestaba tan solo en la cabeza ó en la cara. Mas, el leproso de quien hablamos, estaba cubierto de ella en todo su cuerpo. Por esta razón, figura en sí todo el género humano, que, ántes de la venida del Salvador, estaba cubierto de la lepra, más asquerosa aún, de toda clase de pecados. Segun S. Jerónimo, la verdadera lepra de la humanidad, figurada en la de este enfermo, es el pecado original, que empezó verdaderamente en la cabeza, que es el primer hombre; y en su cabeza, porque fué pecado del orgullo.

Este leproso fué asimismo, y más especialmente, figura del pueblo

judío, que era uno solo; así como los diez leprosos, que curó despues el Salvador, figuraban los pueblos gentiles, que eran muchos. Por esta razon se dice del leproso, que Jesucristo le tocó con su mano; siendo así, que de los diez leprosos se dice solo, que al gritar *ellos desde léjos*: «Jesús, Maestro, tened piedad de nosotros;» el Señor les dijo tambien desde léjos, y sin tocarlos: «Id y presentaos ante el sacerdote;» y á proporcion que lo hacian, quedaron curados; y en efecto, Jesucristo solo *tocó* personalmente al pueblo judío, puesto que en él se apareció en carne mortal; de él solo tomó su cuerpo, á él solo habló personalmente y le enseñó su doctrina. Pero, nosotros los gentiles, que, como advierte san Pablo, estábamos apartados: *Et vos qui eratis longè*, solo habíamos percibido *desde léjos* la voz del Señor, repetida en el eco fiel de la predicacion apostólica; y cediendo á las inspiraciones de la gracia, que por medio de los ministros de su Iglesia nos mandó que anduviésemos, hemos quedado perfectamente curados de la lepra de nuestras impuras supersticiones y de nuestros vicios.

La ley prohibia tocar al leproso, porque con el contacto se comunicaba la lepra á los sanos. Y ved aquí precisamente lo que sucedió al Salvador del mundo. Él, como Hijo de Dios, estaba sano, es decir, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores. Pero, esta pureza y esta santidad por esencia, al haber querido, por un exceso de caridad, tocar la naturaleza humana, haciéndose hombre, tomó espontáneamente sobre sí la lepra del pecado; y en su carne débil, enferma, semejante á la carne del hombre pecador, apareció como pecador y como leproso. El que tocaba al leproso, además de que no lo curaba de su lepra, corría peligro de contraerla él mismo. Pero Jesucristo, al tomar sobre sí la lepra de nuestros pecados, limpió de ella nuestras almas. Y por esta razon, en el tiempo de su pasion tomó especialmente el aspecto de un leproso. Con efecto, el leproso del Evangelio, lleno de úlceras de la cabeza á los piés, desfigurado y disforme, apenas conservaba la figura de hombre. Y Jesucristo, en su pasion, desgarrado por los azotes, atravesado por las espinas, afeado por las salivas, cubierto en todo su cuerpo de llagas y de sangre, habia perdido las formas y la belleza de su rostro de tal suerte, que no podia ser reconocido. El leproso estaba obligado á llevar abierto su vestido, y á mostrar sus carnes ulceradas. Y Jesucristo fué despojado de todas sus vestiduras, y expuesto al escarnio y á la execracion del pueblo en este estado horrible de desnudez. El leproso era el sér más despreciable y más abominado; cada cual procuraba evitar su contacto y apartarse de él. Y Jesucristo se hizo en su pasion, como un

vil gusano, el oprobio de la especie humana y el ludibrio del mundo, y sus más caros amigos huyeron de él y lo abandonaron. Para purificarse debia el leproso presentar dos animales vivos. El sacerdote hacia degollar uno de ellos en un vaso de barro, y mezclar su sangre con agua muy clara, y dejando al otro vivo, lo hacia atar á una vara de cedro y á una rama de hisopo con un hilo rojo.

Los dos aves se han ofrecido, porque el Redentor se ofreció en sus dos naturalezas; como Hijo de Dios, y como hijo del hombre; una de estas dos aves derramó su sangre en un vaso de barro, lleno de agua purísima; porque Jesucristo murió en el barro de su humanidad, en las aguas de su pasion, purísimas de toda mancha. Al lado de un ave inmolada quedó la otra viva, porque la persona divina del Verbo quedó viva é impassible, en medio de las penas y de la muerte de su humanidad. Se empleó tambien la vara de cedro, madera incorruptible, es decir, la cruz, cuya virtud no se ha cambiado ni se disminuirá con el tiempo. A la vara de cedro se unió el hisopo, yerba humilde y odorífera; porque la cruz de Jesucristo fué el misterio de su profunda humillacion, y ha exhalado el olor de ejemplos inefables. El ave, que quedó viva, fué atada al leño con un hilo rojo; porque Jesucristo, siendo verdadero hombre, y, al propio tiempo, verdadero Dios, vivo é impassible, no pudo ser atado á la cruz, para sufrir en ella las humillaciones y los tormentos, por ninguna fuerza humana, sinó por el exceso de su amor divino. La sangre del ave muerta se mezcló con agua pura; porque la sangre y la muerte de Jesucristo comunicó la virtud saludable y expiadora á las aguas de sus sacramentos.

Con esta sangre, unida al agua y á las otras cosas sensibles, formó el baño en que ha purificado el universo, y nos ha lavado en sus sacramentos.

Pues bien, ¿cuál debe ser nuestra gratitud para con Jesucristo, que se dignó purificar con tanto amor nuestras almas de la lepra del pecado? Es necesario que ofrezcamos al mismo Jesucristo, verdadero sacerdote, el don misterioso que se exigia por la ley á los pobres. Debemos ofrecerle la tórtola, símbolo de la castidad, y la paloma, figura de la sencillez; es decir, debemos ofrecerle, dedicarle y consagrarle el alma y el cuerpo. Tal es la obligacion del cristiano: tal es el espíritu del cristianismo. Consagrémosle, pues, todos nuestros pensamientos, todos nuestros deseos, todas nuestras obras; mostrémonos agradecidos como el samaritano, que fué curado de la lepra; de este modo mereceremos ser admitidos un dia á la comunión de los elegidos en el cielo, que os deseo.

LEPROSOS.

(LOS DIEZ LEPROSOS DEL EVANGELIO.)

Occurrerunt ei decem viri leprosi.
A Jesús le salieron al encuentro diez
leprosos.

(Luc. vii, 12.)

El Salvador de los hombres, carísimos hermanos, sin cesar preocupado en los días de su vida pública, con la idea de su misión y con el pensamiento de nuestra salvación, *iba haciendo el bien* en todos los puntos de la Judea y hasta en las tierras de los infieles, buscando enfermos que curar, afligidos que consolar, pobres que evangelizar y ovejas descarriadas que recoger. En cada una de sus acciones se oculta un misterio; y de sus acciones, como de sus discursos, se desprende una enseñanza profunda. Allí es el ciego de nacimiento, á quien abre los ojos á la luz de este mundo visible, alumbrando los ojos de su alma con una luz mil veces más hermosa y más pura; aquí es el pozo de Jacob, donde pide agua para apagar la sed, á fin de anunciar con este motivo á la Samaritana *las aguas de la gracia, que brotan á la vida eterna* (JOAN IV, 14); más léjos, traza en la arena caracteres instables, para mostrarnos la vanidad de todo lo que escriben los hombres, cuando pretenden fundar instituciones duraderas, no sobre la roca incommovible de la fé, sino en el terreno móvil de las humanas opiniones; en otra parte, cura á unos infelices de una lepra horrorosa, pero, con circunstancias llenas de misterio, ninguna de las cuales debe desperdiciarse para nuestra instrucción. Prestemos atención, amados oyentes, á toda esta historia evangélica, una de las más ricas en sentidos alegóricos y espirituales, y bajo los símbolos con que la divina Sabiduría se dignó revestir sus enseñanzas; busquemos con fé y amor *el maná oculto*, que debe sustentar á los hijos de Dios. A. M.

1. Al entrar Jesús en una aldea, encontró á diez leprosos, que, así que le vieron á lo léjos, se detuvieron y se pusieron á rogarle. El temor del contagio obligaba á los leprosos á vivir separados del trato

de los hombres, pues, para ellos, la ley era severísima; estábales prohibido mezclarse en los movimientos de la multitud; todo lo que ellos habian tocado, era profano, y debia ser sometido á purificaciones legales; no podian residir sino á cierta distancia de las ciudades; y en su aislamiento de toda sociedad humana, vivian como heridos de una especie de entredicho ó excomunion civil.

Los leprosos, amados hermanos, son aquí la figura de los pecadores, separados tambien, si no del gremio de la Iglesia, á lo ménos de su unidad interior, que se forma con la caridad; privados del derecho de sentarse al banquete fraternal, y de beber en las fuentes de Jerusalen, que brotan la gracia y la vida para los hijos de la ciudad; tristemente relegados en el desierto de su conciencia y en la soledad de sus remordimientos, y condenados á vagar por senderos ocultos y ásperos, léjos de los caminos frecuentados por los pasajeros que se encaminan á su patria; leprosos espirituales, cuyo contacto y proximidad, no está terminantemente encomendado evitar, aún más de lo que lo estaba á los judios el encuentro de aquellos de sus hermanos sobre quienes pesaba una sentencia de interdiccion.

La sagrada Escritura está llena de las máximas más prudentes acerca del peligro de tales comunicaciones: «Hijo mio, dice el Sábio, si los pecadores te atraen, si te dicen: ven á nuestros juegos, toma parte en nuestras fiestas; guárdate de prestarles oídos, no vayas con ellos, y aleja los piés de sus senderos (PROV. I, 10).» El real Profeta dá la razon de ello: «Es que la verdad, dice, no está en los labios del pecador; su corazón es un abismo, y su boca un sepulcro abierto; su lengua está llena de artificios; su aliento corrompe cuanto se le acerca; sus palabras son flechas envenenadas, y sus ojos lanzan dardos que dan la muerte (PSALM. V, 10 ET 11).» «Y en efecto, prosigue el Eclesiástico, ¿podeis tocar un objeto inmundo sin mancharos? ¿Podeis comunicar con el soberbio, sin caer vosotros mismos en la tentacion del orgullo? (ECCLI XIII, 7).» Y así de todos los demás vicios, que se propagan gradualmente y se comunican como una gangrena. Consultad vuestros recuerdos, hermanos míos; interrogad vuestras conciencias; por poco que querais indagar la causa de vuestras primeras faltas, la encontrareis en la conversacion de los malos.

Los diez leprosos del Evangelio, carísimos hermanos, no se atreven á acercarse á Jesús; se paran léjos de él, á una distancia respetuosa; pero, levantan la voz, y exclaman: Jesús, Maestro, ten lástima de nosotros. Levantad tambien la voz, pecadores, si quereis que Dios os oiga: clamad sin tregua. No porque Dios sea sordo; sus oídos están siempre abiertos ó atentos á nuestras súplicas; sino, porque estais

muy lejos de él. Ved el abismo en que os ha hecho caer el pecado, y la region inferior y lejana en que habeis extraviado vuestros pasos: ¿cómo quereis que Dios os oiga desde tan léjos, si no gritais con todas las fuerzas de vuestra alma? ¿Cómo volveriais de tan léjos, si no hicieseis grandes y generosos esfuerzos para romper vuestras cadenas y salir de vuestro cautiverio? No, no; con una voluntad débil, incierta y vacilante, no rompereis con el pecado, ni renacereis á la justicia; los ruegos tibios no conmoverán el corazon de Dios, ni los débiles suspiros acabarán la obra de vuestra conversion; no debeis exhalaros en vanos gritos del lábio, sinó en clamores del corazon, de un corazon desgarrado de dolor, de un corazon inconsolable, miéntras no haya recobrado el bien perdido. Clamad pues á Dios, carísimos hermanos, todos los que habeis tenido la desgracia de volveros enemigos suyos por el pecado; clamadle como aquellos leprosos: Jesús, Maestro, que enseñas los caminos de la vida; Jesús, médico celeste, que curas las llagas del alma; ten lástima de nosotros. ¡Clamad hasta que os oiga, y os diga: Id, y presentaos á los sacerdotes.

2. ¡Qué grande y eminente es la prerogativa de los ministros del Señor! ¡Cómo! ¿no puede el Dios omnipotente curar la lepra del pecado, ni salvar á las almas arrepentidas, sin recurrir á sus sacerdotes y á la intervencion de su ministerio? Sin duda que sí, amados oyentes; pero, no quiso, y tal es el órden que estableció en la dispensacion de sus gracias. En la ley antigua, el leproso debia presentarse á los sacerdotes, no para ser curado, que el sacerdocio de Aaron no poseia tal virtud, sinó para examinar la naturaleza de la lepra, y declarar, si implicaba la exclusion de la sociedad de los israelitas. Jesús, que no habia venido á abolir la ley, sinó á cumplirla (MATTH, V, 17), se conforma con esta regla: Id, dice á los leprosos, y presentaos á los sacerdotes: *Ite, ostendite vos sacerdotibus*. Esto es lo que á todos nos dice; pero, en un sentido más elevado, más extenso, y con circunstancias notables, que nos importa caracterizar bien; no se trata aquí de una mera formalidad, de una simple ceremonia destituida de gracia y falta de eficacia. Los sacerdotes del nuevo Testamento, no están solamente investidos del poder de reconocer el mal, discernirlo, calificarlo y dictar contra él una sentencia de reprobacion; tambien tienen el de curar: miéntras viajamos en esta vida, peregrinos del cielo aspirando á la eternidad, solo por su ministerio podemos obtener la remision de nuestros pecados! Dios puede perdonarnos inmediatamente y por sí mismo, y los perdona, en efecto, á la perfeccion de la contricion y de la caridad; pero, la obligacion de presentarse á los sacerdotes subsiste todavia en toda su fuerza; y la misma caridad

perfecta, en su grado más eminente, no justifica al pecador, sinó cuando encierra y supone la voluntad de recurrir al sacramento de la penitencia. *Presentaos pues á los sacerdotes*, pecadores que detestais vuestros extravíos, que concebís deseos de justicia, y abrigais intenciones de volver á la buena senda.

Pecadores altivos y soberbios, que os proclamais justos, no digais en los dias de reconciliacion en que la Iglesia os convida al bautismo de la penitencia: ¿Qué iré á hacer á los piés de un sacerdote? ¿Qué mal he hecho para necesitar su ministerio? *Yo no os juzgo*; yo no os pregunto el mal que habeis hecho; hay dentro de vosotros un testigo que os lo recordaria, si olvidarlo pudierais; pensamientos y recuerdos que os acusan, una conciencia que os juzga y condena, y se encarga tambien de ejecutar ella misma la sentencia, haciéndoos sentir la pena del remordimiento; pero, aunque fueseis tan irreprehensibles como pretendéis; aunque vuestra alma fuese cándida cual la nieve; como quiera que no os corresponde juzgaros, debeis acudir lo mismo que todos al llamamiento de la Iglesia, que os cita á su tribunal.

Vosotros, justos, os creéis llamados á unas vias elevadas, extraordinarias; adelantais por sendas misteriosas para arribar á la cúspide de la perfeccion; no quiero decir, que no sea Dios mismo quien os guie; pero, como el hombre debe desconfiar de sus propias inspiraciones, aún de las más laudables; como las ilusiones son de temer en el camino que seguís; *presentaos al sacerdote*, recibid dócilmente sus consejos y decisiones como oráculos emanados de Dios, acordándoos de que la humildad no engaña; y de que, miéntras todo es peligro en la propia voluntad, hay siempre seguridad en la obediencia. El discernirá lo que es de Dios, y lo que es del hombre.

3. De aquellos diez suplicantes, cuyos ruegos atiende y á quienes devuelve la salud y los goces de la sociedad de sus semejantes, solo uno retrocede, glorifica á Dios en alta voz, y se arroja á los piés de Jesús para darle las gracias. Confórmase tanto la gratitud con la luz natural; es tan propia de la razon, ó más bien, del corazon y entrañas del hombre, que puede decirse con verdad, que es ménos una virtud divina, que una virtud del todo humana; por eso, es muy pocas veces objeto de nuestras exhortaciones en la cátedra evangélica. Bastante la recomienda el mundo, con los elogios que la tributa y con la estima en que la tiene; es una de las virtudes que ha adoptado, y, por decirlo así, amnistiado, por no aparentar que las ha desterrado todas, ni merecer la reprobacion de divinizar solamente los vicios. Aún en las naciones más bárbaras, es el ingrato despreciado y condenado al opro-